

DIARIO DE UN TESTIGO
LA GUERRA VISTA DESDE BRUSELAS
(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Bruselas, jueves 10 de setiembre (de 1914)

Hoy ha llegado a nuestro conocimiento una pieza histórica que debe figurar en este diario : el telegrama que Guillermo II ha dirigido al presidente de Estados Unidos (Woodrow Wilson), tratando hipócritamente de justificar las matanzas, los saqueos, los incendios, las violaciones de que su ejército se ha hecho culpable durante su paso por Bélgica. La pretendida justificación estriba en el hecho – verdadero o no, según sabremos algún día – de haberse encontrado balas dum-dum en la fortaleza francesa de Longwy. Pero esas balas no habían podido servir a los pobres aldeanos y ciudadanos belgas martirizados y

fusilados, el káiser no dice que algunos de sus soldados hayan sido heridos por ellas, aunque esto hubiera podido verificarse fácilmente.



Y el emperador me parece un monstruo o un inconsciente cuando lanza la calumnia de que "*el gobierno belga ha incitado abiertamente a*

población civil a tomar parte en esta guerra que había preparado cuidadosamente desde largo tiempo". ¡ Preparado cuidadosamente desde largo tiempo y nada estaba listo, ni siquiera había armas y uniformes para los voluntarios y aun para las mismas clases que iban a ser llamadas ! Los fuertes no tenían sus municiones, ni los imprescindibles trabajos complementarios ... Si hubieran atacado Amberes desde el primer día, la hubieran tomado casi sin disparar un tiro, tan incompletas estaban sus obras ...

¡ Cuántas pruebas más podrían acumularse contra la veracidad, contra la buena fe de Guillermo II, que está engañado por su círculo o que quiere engañar al mundo por intermedio del presidente Wilson, a quien por fortuna no es desconocida la verdad, la condenatoria verdad !

El káiser y no sus adversarios es quien ha

hecho de esta guerra, "*la más bárbara de la historia*". Desde el primer momento, enfurecido al ver que Bélgica no se contentaba con un simulacro de defensa, con un protesto ante escribano, como el inerme Luxemburgo, sino que empuñaba resueltamente las armas, burlaba las esperanzas de los generales alemanes, que contaban con los recursos del país para alimentar a sus tropas, hasta el punto de haber descuidado el servicio de víveres, y se oponía a su paso, dispuesta a morir antes de perder el honor, desde el primer momento, repito, utilizó el terror, la matanza, el saqueo y el incendio para vengarse de lo que él y sus auxiliares fingieron creer una "*traición*", infundiendo esta creencia en los ignorantes soldados junto con la de que se los envenenaba en las ambulancias belgas y se los remataba cuando caían heridos ...

De estas esperanzas y de la ira feroz que ha

debido producir su completo fracaso, da fe la primera proclama del general comandante en jefe del ejército alemán del Mosa, publicado en Spa antes del sitio de Lieja.

En esta proclama se lee lo siguiente (**Nota**) :

"Necesitamos el camino libre. La destrucción de puentes, túneles, vías férreas, se considerarán como actos hostiles. Belgas, tenéis que elegir.

"Espero, pues, que el ejército alemán no se verá obligado a combatiros. Un camino libre para atacar al que quería atacarnos es todo lo que deseamos.

"Doy formales garantías a la población belga de que no tendrá nada que sufrir de los horrores de la guerra ; de que pagaremos en oro sellado los víveres que habrá que tomar en el país ; que nuestros soldados se mostrarán los mejores amigos de un pueblo por quien sentimos la más alta estimación, la mayor simpatía.

"De vuestra cordura y de un patriotismo bien entendido, depende evitar a vuestro país los horrores de la guerra."

Ya para esto, probando la estimación, la amistad, la simpatía, quedaban hechos escombros detrás de las tropas alemanas : Visé, Mouland, muchos otros pueblos y aldeas a lo largo del camino ...

El despecho y la rabia mortífera del invasor ante la empecinada defensa de los belgas, se explica entonces, resalta bajo una luz abrumadora. La amenaza, tantas veces repetida, de los "*horrores de la guerra*" se cumplió con un encarnizamiento bárbaro : Bélgica es una inmensa ruina.

El emperador alemán, sin embargo, quiere presentarse como víctima. ¡ El pueblo belga ha cometido el crimen de defender contra él su libertad y su honor !

¡ Su "*corazón sangra*", hipócritamente, al

considerar todo cuanto ha destruido !

Pero hay que leer su despacho :

"Considero como mi deber, señor presidente", dice, "informaros en vuestra calidad del más distinguido representante de los principios humanitarios, del hecho de que nuestras tropas han encontrado, después de la toma de la fortaleza de Longwy, en dicha plaza, millares de balas dum-dum, trabajadas por los talleres especiales del gobierno. Se han encontrado balas de la misma especie sobre soldados ingleses muertos, heridos o prisioneros. Sabéis qué horribles heridas y sufrimientos son causados por esas balas, y que su empleo está prohibido por los principios reconocidos del derecho internacional.

"Elevo, pues, una protesta solemne contra este modo de hacer la guerra, que se ha convertido, gracias a nuestros adversarios, en una de las más

*bárbaras de la historia. No sólo han empleado ellos mismos esa arma cruel, sino también el gobierno belga ha incitado abiertamente a la población civil a tomar parte en esta guerra que había preparado cuidadosamente desde hace largo tiempo. Las crueldades cometidas en el curso de esta « **guerrilla** » por mujeres y hasta por sacerdotes contra soldados heridos, médicos y enfermeras (los médicos han sido muertos y los lazaretos atacados a tiros) han sido tales, que mis generales se han visto finalmente obligados a recurrir a los medios más rigurosos para castigar a los culpables y para impedir que la población sanguinaria continúe estos abominables actos, criminales y odiosos.*

"Varias aldeas y aun la ciudad de Lovaina han sido demolidas (salvo el muy hermoso Hôtel de Ville), en el interés de nuestra defensa y de la protección de mis tropas. Mi corazón sangra cuando veo que

semejantes medidas han resultado inevitables, y cuando pienso en los innumerables inocentes que han perdido su hogar y sus bienes a consecuencia de los hechos criminales en cuestión."

Este documento tiene que pasar a la historia, y la historia sabrá, pese a sus afirmaciones, que no ha habido mujeres ni sacerdotes belgas que se ensañaran contra los heridos alemanes, los médicos ni las enfermeras, sabrá que todo esto no es más que un tejido de embustes, urdidos para tratar de atenuar tremendas responsabilidades

...

¡ Y cómo se miente !

Habéis de saber, por ejemplo, que se hace creer a los soldados alemanes, para que lo propalen en sus cartas a Alemania, que Bruselas es París.

Un herido que está en asistencia en el hospital Saint-Jean decía ayer :

- *Lo primero que haré en cuanto pueda, será subir a la*

torre Eiffel.

Muchos heridos alemanes mandan a su familia tarjetas postales con vistas de la capital francesa, que les proporcionan los oficiales, y las fechan en París por indicación de éstos.

Se creerá difícilmente, pero es exacto, como me lo prueban numerosos testimonios. Con tan torpe impostura que no puede tardar en ser desmentida, se trata sin duda de mantener el entusiasmo del pueblo alemán.

Los soldados del káiser están, por otra parte, convencidos de que la pequeña Bélgica ha atacado a la grande Alemania, traicionándola, y todo su furor va contra ella, tanto más cuanto que se les ha hecho creer que los belgas mutilan y vacian los ojos a los heridos en el campo de batalla, los torturan y envenenan en las ambulancias y asesinan a los militares en las casas donde se alojan ...

En vano se les repiten para demostrar la agresión alemana las memorables palabras pronunciadas en el

Reichstag por el canciller Bethmann Hollweg :

« Nuestras tropas se habían mantenido en un principio exclusivamente a la defensiva, es verdad. Pero nos encontramos, por necesidad, en estado de legítima defensa. La necesidad hace ley. Nuestras tropas han ocupado Luxemburgo, quizá pisen ya Bélgica. Es una falta contra el derecho de gentes, pero sabíamos que Francia estaba pronta para un ataque, y un ataque de los franceses sobre nuestro flanco, hacia la orilla izquierda del Rin, hubiera podido sernos fatal. Por esta razón nos hemos visto obligados a pasar sobre las legítimas protestas del Luxemburgo y de Bélgica, con intención de reparar (los perjuicios, etc.) desde que se logre nuestro objetivo militar. Cuando se está amenazado, como lo estamos, cuando se lucha por la existencia, no hay que pensar sino en los medios de vencer. »

Los mismos jefes y oficiales creen o fingen creer que Alemania ha sido indignamente traicionada por

Bélgica, y se muestran resueltos a tratarla con el más implacable rigor. El arrasamiento de Lovaina no es más que un merecidísimo castigo, que están prontos a reiterar con toda población que ose oponérseles, mientras quede piedra sobre piedra en el país entero. Hasta se diría que buscan ansiosos un pretexto para castigar con el hierro y con el fuego a esta arrogante Bruselas, que no los trata con la veneración debida, que no desborda de alegría y de gratitud al verlos recorrer sus calles. La gente que se cruza con oficiales y soldados alemanes hace como que no los ve, como que ignora su existencia misma, y esto los pone fuera de sí, aunque tratan de no demostrarlo. En los cafés, donde los soldados entran con el fusil al hombro y los oficiales con el revólver en el cinto, rígidos y con miradas de desafío, sería como si no entrara nadie, si los buenos burgueses no fueran retirándose discretamente poco a poco, hasta dejarlos dueños del campo. En los tranvías, hasta cuando los pasajeros se

apeñuscan en las plataformas, los belgas y las belgas hacen prodigios para no advertirlos, y miran al cielo o al suelo, como si allí se desarrollara el más interesante espectáculo. Y – no sé si acertaré a decirlo – ciertas damiselas son renegadas por sus propias compañeras y « *boycoteadas* » por sus amigos de lance si llegan a alemanizarse aunque sea un minuto.

Hoy se ha reabierto el palacio de justicia, pero sólo tienen acceso a él los magistrados provistos de documentos que atestiguan su carácter y los abogados y litigantes con tarjetas firmadas por los jueces. Asimismo tienen que entrar por la puerta lateral de la calle de las Lanas, porque la entrada principal de la plaza Poelaert está reservada para los alemanes, que han instalado en el palacio un cuartel y se han apoderado de la ambulancia preparada por los belgas, con todos sus enseres, medicinas e instrumentos, poniendo en la calle a médicos y enfermeras del país.

Sobre los terrados laterales a la gran escalinata hay cañones que apuntan a la ciudad, y en el inmenso atrio han construído casuchas de madera para cocinas, cuerpos de guardia, etc.

La sala enorme y majestuosa de Pasos Perdidos está hecha una pocilga, y los soldados habitan hasta en el magnífico salón de la Cour d'Assises, según documentos gráficos que poseo.

Fiat justitia !

Roberto J. Payró

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (8) », in LA NACION ; 24/03/1915.

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (9) », in LA NACION ; 25/03/1915.

Notas :

Proclama de von Emmich, ya parcialmente citada, en su “ *Diario de un testigo (desde Bruselas)* ” del 5 de agosto de 1914, publicado en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, el 25 de septiembre de 1914.